

en nosotros las cosas, sino en las cualidades intrínsecas del ser, en que todo en él esté debidamente proporcionado ú ordenado. «Así como las cosas son en sí verdaderas y buenas, independientemente de la impresión que nos causan, también son bellas por conformarse con la belleza esencial, con la *razón increada*. Y pues nuestra inteligencia ha sido creada á semejanza de ella y la lleva impresa como un sello; y en nuestra razón fueron grabadas las leyes de la sabiduría eterna, como regla natural de su conocimiento y de su amor; síguese claramente que la razón constituye la regla próxima é inmediata, reguladora de los juicios concernientes á la verdad, al bien y á la belleza. De aquellas ideas y principios fundamentales, como, por ejemplo, los de razón suficiente, de causalidad, etc., se deducen los axiomas objetivos, independientes de la experiencia, en los cuales se funda esencialmente el gusto; axiomas que deben ser reconocidos por regla necesaria de la mente en sus juicios acerca de la belleza.... Si el artista, si el crítico las menosprecian; si van contra ellas, es claro que sus concepciones totales, ó al menos la parte de ellas donde exista la oposición, son simplemente vanas, irracionales, metafísicamente imposibles.... El artista, según Aristóteles, no tiene necesidad de exponer lo que ha sido, sino lo que (dados ciertos supuestos y circunstancias) debería suceder, necesaria ó verosímelmente, por lo menos.... Por cuya razón la poesía (el arte) se acerca más á la filosofía que la historia y requiere más alto grado de fuerza espiritual que la última.»¹

El crítico puede pecar por exceso ó por defecto, según sea exagerado ó parcial en sus fallos. Un justo medio evita ambos escollos y hace de la crítica una escuela de cultura y moralidad literaria. Para desempeñar bien su cometido necesita el crítico tener el gusto cultivado con perfección, lo que es muy raro; por lo que decía Labruyère que, después del espíritu de discernimiento, son muy escasos en el mundo los diamantes y las perlas, palabras que manifiestan cuán difícil y delicada es la crítica literaria.

¹ Jungmann l. c.

En conclusión: la crítica literaria no es sino la aplicación del criterio filosófico al examen de las obras del ingenio. Quien emprendiese al acaso, prescindiendo de las reglas de la lógica, el juicio de las producciones artísticas, no será más que un aficionado, un presionista más ó menos hábil, un *dileante* quizá de talento; pero, en definitiva, un erudito á la violeta, un ignorante pretencioso.

Recomendamos á la juventud que, antes de lanzarse por resbaladizo sendero de la crítica, eduque el gusto, forme el criterio literario y aspire á las altas y soberanas funciones de juez en materia de arte. No sea que, halagada por la facilidad del género, se entregue á la enojosa tarea de los folletos literarios y de las gacetas, en que la acritud y el desenfado de la censura corre parejas con la ignorancia de los seudocríticos.

Antes que en criticar, ensáyese la juventud en producir obras originales y sentidas: que después con los años y el estudio vendrán de suyo el raciocinio y el buen gusto indispensables para juzgar las obras ajenas.

CAPÍTULO DÉCIMOSEPTIMO. RESUMEN Y SUPLEMENTOS.

1. Ojeada retrospectiva. — 2. La educación, obra capital en la sociedad. — 3. Á quiénes corresponde educar, y manera de hacerlo. — 4. La educación y la urbanidad. — 5. La Iglesia y el Estado con respecto á la educación. — 6. La Iglesia católica y la instrucción. — 7. Influjo benéfico de la religión en los conocimientos humanos. — 8. Triste situación de la ciencia desligada de la fe. — 9. La juventud y el porvenir. — 10. Modelo de joven ilustrado y creyente. — 11. El carácter y el trabajo en la educación individual y social. — 12. Ó educación cristiana, ó impiiá. — 13. Mi última palabra á los padres de familia y á la juventud.

1. Ojeada retrospectiva. — El viajero que, después de largos días, llega al término de la jornada, trae á la memoria el camino recorrido, para darse cuenta de las fatigas soportadas y de las dificultades vencidas, á fin de bendecir á la Providencia que ha guiado sus pasos. Quien se propone componer un libro, aunque sea humilde y sin pretensión alguna,

como éste, emprende también una excursión difícil por el mundo intelectual, más lleno de peligros é incertidumbres que el mundo físico, y más expuesto que él á ser teatro de lamentables caídas y extravíos. Si la inmensidad del mar conmueve al hombre; si el ruido del trueno, el estampido que produce el rayo y el fragor de la tormenta le intimidan y humillan, mucho más anonadado se siente al poner la planta en los dominios de la verdad, que comprende el mundo visible y el invisible, dominios que ningún ingenio humano ha podido recorrer por completo. El alcázar de la ciencia se sustenta y embellece con las producciones selectas del talento, que, á modo de piedras miliarias, marcan el grado de adelanto de los pueblos y las conquistas obtenidas en los torneos intelectuales.

Pero, así como el grano de arena no es inútil en la construcción de un edificio, tampoco lo es la escasa labor de los que trabajan en última línea en el terreno científico. Séame permitido antes de terminar esta obra dirigir una ojeada retrospectiva hacia las materias de que he tratado, siquiera para pedir una vez más excusa á los lectores por las deficiencias de que adolece. En la medida de mis débiles fuerzas he procurado manifestar, con claridad y sencillez, la vital importancia de la educación é indicar la mejor manera de darla. Convencido como estoy de que la peor llaga de la sociedad moderna es la formación mala ó, por lo menos, incompleta de la juventud, y de que la cultura de que nos gloriamos, es el resultado de la educación que el cristianismo da á los pueblos, he acudido de preferencia á la doctrina católica, única que sirve de clave para la debida solución de las más importantes cuestiones del orden individual y social; doctrina que, sin desatender los intereses de la presente vida, conduce al hombre á su inmortal destino; doctrina que, apoyada en la veracidad divina y en los principios inmutables del derecho natural, se justifica é impone por sí misma, y puede repetir á cuantos la impugnan aquel conocido dilema, del Salvador: «Si he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿por qué me hieres?»¹

¹ Io. XVIII, 23.

He tomado por guía principal en mi camino al sapientísimo Pontífice León XIII, que se dignó bendecir mi modesta labor, y cuya muerte deplora toda la familia cristiana. Colocado en la Cátedra de Roma, en estos tiempos, tanto de escepticismo é indiferencia religiosa como de vivo anhelo por la ilustración y el progreso, supo él conciliar las legítimas exigencias de la vida terrena con las de la vida eterna; manifestar que la Iglesia acepta todo adelanto; que promueve y promoverá siempre la instrucción, y sobre todo la buena formación intelectual y moral del hombre.

Nada nuevo he dicho en este libro: mi trabajo ha sido principalmente de selección y de condensación de ideas, á fin de presentar en breve resumen el modo de sentir de notables escritores y de ahorrar tiempo á los que no pueden consultarlos íntegramente. He echado algunos granos de semilla en el surco: toca á Dios fecundizarlos y hacerles producir fruto; porque, «ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios que es el que hace crecer y fructificar.»¹

En pocas cuestiones, como en las de educación y enseñanza, hay pareceres más diversos, y en pocas el error y las preocupaciones han causado mayor daño. Unos dan preferencia á la instrucción sobre la educación; otros se atienen sólo á los modos y métodos de enseñanza; y no faltan defensores del predominio del Estado en la formación física, intelectual y aun moral del hombre. El sofisma, con la astucia que le distingue, ha falseado los principios fundamentales de la educación; por lo que es difícil poseer doctrina sana en un asunto tan debatido.

En este libro he procurado *dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César*, deslindando los campos é indicando á quiénes compete la ardua labor de educar. Vamos á recordar brevemente algunos de los principios antes consignados.

2. La educación, obra capital en la sociedad. — Dios ha dotado al hombre de cuerpo, obra maestra de la

¹ «Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat: sed, qui incrementum dat, Deus» (1 Cor. III, 7).

naturaleza; de alma, capaz de conocer la verdad y de practicar el bien; de sentidos, que transmiten al espíritu variadas impresiones y le ponen en contacto con el mundo físico. Pero todas estas dotes necesitan ser desarrolladas y dirigidas por la educación, tanto más cuanto que siente el hombre viva inclinación al mal, y su inteligencia puede ser oscurecida por el error. Sin la educación, el hombre es á modo de terreno inculto en que brotan toda clase de malezas; pero, mediante ella se transforma en huerto fecundo, lleno de flores y de frutos.

«¡Educar! palabra admirable, que es por sí sola un programa y un guía luminoso; educar es decir elevar el alma del joven hacia las regiones de lo alto en que resplandecen el ideal, el bien, la verdad, Dios mismo...»¹

Á la hora actual, la educación preocupa grandemente á los pueblos civilizados, sin duda por el culto que tributan á las letras, y porque las luchas que los dividen, se libran principalmente en el orden intelectual. En las asambleas legislativas, en las academias, en la prensa periódica, en las reuniones populares mismas se habla de la instrucción como de *panacea* para los males que afligen á la humanidad y como medio eficaz de que ésta consiga los bienes á que aspira. En gran parte se realizaría tan hermoso ideal, si la cultura de la inteligencia se elevase al mismo nivel que la moral y religiosa; ó, mejor dicho, si en la formación del hombre no hubiese pugna entre los intereses materiales y los espirituales, entre las aspiraciones de esta vida y las de la futura.

Como la educación tiene en cuenta las creencias, inclinaciones y carácter de los individuos y de los pueblos; y, por ahora, predomina una marcada indiferencia hacia los intereses religiosos y grande empeño en atender á los de la presente vida, hay profunda discrepancia entre el concepto cristiano de la educación y el concepto naturalista. Según el primero (único verdadero y aceptable), la religión es la base de la formación del hombre, y los bienes fugaces de la tierra deben posponerse á los estables del cielo; conforme al segundo

¹ *Nicolay*, Los niños mal educados.

(erróneo y perjudicial), el hombre debe formarse sin tener en cuenta ningún ulterior destino, ha de disfrutar de los goces del mundo y empeñarse sólo en servir á su país, sin esperar otra vida ni patria mejor.

Criterios tan contrapuestos tienen dividida la sociedad en dos bandos. El uno sigue, en la educación, las enseñanzas cristianas; el otro prescinde de ellas, dando origen á una lucha tenaz entre el catolicismo y el racionalismo. «Puede decirse que la guerra entablada hoy día contra la Iglesia se encuentra en gran parte en el campo de la educación de la juventud», ha dicho León XIII¹. «Los enemigos comprenden que les sería fácil realizar sus designios, con perjuicio de la religión y de la Iglesia de Cristo, si lograsen formar á su antojo á las nuevas generaciones. Así aparece que es de suma importancia, en la presente condición de los tiempos, en que todo conspira á la ruina de la juventud, educarla cristianamente, á fin de que, sin privarla en lo más mínimo de los conocimientos necesarios á la cultura de la inteligencia, se la haga adquirir sentimientos de piedad y de amor á la virtud cristiana, que la preserven de la corrupción del mundo.»

La formación de la juventud importa sobre manera al bienestar no sólo moral sino también político de los pueblos. Los hombres educados según la doctrina católica, obedecen en lo justo á los poderes legítimos, son enemigos de revueltas, cumplen sus deberes cívicos, propenden al adelanto social; son, en una palabra, excelentes ciudadanos; mientras que los partidarios de los principios del racionalismo ó del indiferentismo religioso buscan sólo su provecho, siguen el impulso de sus pasiones, sacuden el yugo de la obediencia y no trabajan por la ventura pública. ¡Cuán errada y anti-patriótica es, por tanto, la labor de los gobiernos que excluyen á la Iglesia de la educación y dejan á la juventud inexperta en manos de maestros incrédulos y mercenarios!

3. Á quénes corresponde educar y manera de hacerlo.—De las tres sociedades á que por ordenación

¹ Discurso á la Comisión de escuelas católicas, del 17 de julio de 1883. Cf. *Cercean* S. J., *Catéchisme* de León XIII.

divina pertenece el hombre, compete á la sociedad doméstica el derecho de educarle. Siendo ésta la primera que le recibe en el mundo, encargada por Dios de prepararle para el desempeño de su misión, es natural que los padres (que dan el ser á sus hijos) se dediquen á obra tan esencial, que requiere fortaleza, constancia y amor, cualidades que poseen ellos en alto grado. Pero, como el hombre tiene un destino sobrenatural, de cuya consecución está únicamente encargada la Iglesia, deben los padres secundar los esfuerzos de ésta empleando los medios que ella pone en sus manos y contribuyendo, por su parte, á la formación moral del niño. «Corresponde á los padres, por derecho natural, educar á sus hijos, con el deber de no alejarlos del fin para el cual Dios los crió», enseña León XIII¹.

Los padres están obligados á dirigir y vigilar la educación de sus descendientes, tanto en el hogar como fuera de él, y á confiarlos á maestros instruídos y virtuosos, que los lleven por la senda de la ciencia y del deber. Poderoso es el influjo del preceptor sobre el niño, quien, por su ignorancia y buena fe, acepta sin dificultad las enseñanzas y ejemplos de aquél. «Es un derecho inherente á la paternidad escoger para los hijos las instituciones en que serán educados y las personas que les darán la instrucción moral», dice el mismo Pontífice². «Cuando los católicos exigen que concuerde con sus creencias la enseñanza que sus hijos reciben en la escuela, hacen uso de su derecho; y nada hay tan injusto como poner á los padres en la alternativa, ó de dejarlos crecer en la ignorancia, ó de someter el alma de sus hijos á un manifiesto peligro... Detestables son las escuelas en que indistintamente se acogen y tratan todas las creencias, como si en lo que mira á Dios y á las cosas eternas importase poco profesar ó no sanas doctrinas, poseer la verdad ó el error.»

Siendo cosa difícil la educación, los padres tienen que dedicarse á ella con empeño y asiduidad, persuadidos de que asegurarán de este modo el porvenir temporal y eterno

¹ Encicl. *Sapientie christiane*.

² Encicl. *Affari vos*, á los obispos del Canadá, de 8 de diciembre de 1897.

de sus hijos. Á causa de la primitiva caída sostiene el hombre constante lucha entre los apetitos perversos de la naturaleza y el recto dictamen de la conciencia, que le induce al bien. Toca á la educación fortalecerle, para que no sucumba. Como el corazón del hombre es un *enigma*, hay que observarle de cerca, á fin de conocer sus cualidades y defectos. En ningún lugar, como en el hogar doméstico, se facilita tanto este estudio práctico; pues rodeado el niño de seres queridos, y en trato íntimo y constante con ellos, ajeno aún á la simulación y al orgullo, tan comunes á la edad adulta, manifiesta con sinceridad sus pensamientos y deseos, incluso sus anhelos y caprichos infantiles. Corresponde á los padres, como á ángeles guardianes de sus hijos, corregir sus malas tendencias, fomentar las buenas, estimularlos con premios, é incitarlos á la práctica de la virtud. Esta labor tiene que ser activa, discreta, incesante: con el auxilio divino y con la ternura paternal lograrán formar bien el alma cándida y flexible del niño, cuya personalidad moral irá destacándose hermosa en el hogar, para lucir después en el teatro del mundo.

4. La educación y la urbanidad.—La cultura ó civilidad forma parte de la educación y es como el *barниз* de ella. Hay, pues, gran diferencia entre un niño bien educado y otro culto: el primero tiene formados su corazón é inteligencia; el segundo se distingue por sus modales correctos y maneras amables. Sin embargo, en el lenguaje común se confunde la urbanidad con la educación, y aun hay padres de familia á quienes les basta que sus hijos tengan aquélla.

Es cierto que la urbanidad hace muy recomendable á un hombre; que la observancia de sus reglas presupone un cierto grado de virtud, y que ella es el complemento de la educación. En el hogar y en la escuela han de enseñarse teórica y prácticamente al niño las reglas relativas á la limpieza y al vestido, al modo de portarse en las conversaciones, en las visitas, en el trato con los superiores, iguales é inferiores, en la mesa, en el templo, que son las principales de que trata la urbanidad. Pero ésta sola no forma al hombre ni decide de su mérito; pues la experiencia comprueba que la

cortesía no está reñida con la perversidad y la ignorancia. Se puede dar una bofetada con mano que calce guante, y difundir malas ideas acudiendo á frases y fórmulas delicadas. Limitar la educación á solas las buenas maneras, equivale á fijarse en el exterior de una persona prescindiendo de sus verdaderas cualidades.

«Tienen grande importancia las reglas de urbanidad», dice Nicolay¹, «porque hacen resaltar las virtudes sociales, adquiridas á alto precio virtudes que el mundo estima más que el verdadero mérito, el cual pierde de su valor cuando le encubre una forma ruda ó carece de cortesía. No se supone que un fruto delicado y fino pueda ocultarse bajo una corteza grosera. En todo caso las buenas maneras, por agradables que sean, no tienen en definitiva sino un valor secundario: son apariencias amables, y nada más.»

5. La Iglesia y el Estado con respecto á la educación.—Proponiéndose la educación el perfeccionamiento del hombre, conviene que las sociedades á que éste pertenece procedan de común acuerdo, á fin de auxiliarle en obra tan ardua. Mas, para que su acción sea fecunda, es preciso que cada cual se limite á lo que por su naturaleza le corresponde, sin invadir el campo ni los derechos de las otras. Por desgracia, este acuerdo no existe, sobre todo, en estos tiempos de indiferentismo religioso, en que la familia y especialmente el Estado desconocen las prerrogativas de la Iglesia en la educación y enseñanza, hasta el punto de haber lucha por este motivo entre la sociedad eclesiástica y la civil.

En los siglos de fe, la Iglesia fué reconocida como la gran maestra y educadora de la humanidad, y el poder temporal se esmeró en secundar su acción civilizadora. Hoy se la excluye de la escuela, se prescinde de su moral, y á lo sumo se la equipara con las sectas disidentes. Los partidarios del cesarismo del Estado dicen que el fin de éste es opuesto al de la Iglesia, y la moral que él profesa contraria á la de ésta; por cuyo motivo no debe intervenir en ningún asunto temporal ó de interés público.

¹ Los niños mal educados.

¡Error craso y funesto! La Iglesia, cuya misión es conducir á los hombres al cielo, no se opone al bienestar temporal de ellos, que busca el Estado. Sólo exige que los intereses materiales se subordinen á los espirituales, y que la ley divina regule toda la actividad humana. Conocido es el empeño de la Iglesia por el adelanto científico, su anhelo en fomentar las buenas costumbres, su amor al trabajo y al mantenimiento de la paz, medios eficaces para obtener y asegurar la ventura pública. Lejos, pues, de que el Estado tenga queja alguna contra la Iglesia, debe solicitar su auxilio y agradecerle los servicios que le presta.

Viniendo á la enseñanza, la Iglesia es, por derecho divino, institución docente; pues ha recibido de Dios la autoridad de doctrinar el mundo en cuanto concierne al dogma, á la moral y á las costumbres. El Estado no tiene misión de enseñar, porque carece de doctrina propia; y menos de educar, porque no es depositario ni intérprete de la moral. Su acción, en este punto, debe limitarse á auxiliar á la Iglesia y á la familia en la obra de la educación, facilitando á todos los medios de instruirse, estimulando á los padres negligentes y velando por la higiene, orden y moralidad pública de las escuelas. En suma, el Estado no es institución docente, como tampoco es industrial ni comerciante. «Se habla de los diversos poderes del Estado: del poder legislativo, del ejecutivo, del judicial. En ninguno de ellos está incluida la función educadora.»¹

Pero el Estado moderno, lejos de limitarse á auxiliar y proteger á la familia y á la Iglesia en su función educadora, pretende suplantarias y excluir á entrambas, en especial á la segunda, de toda ingerencia en este asunto. Se ha constituido él en pedagogo del niño, en supremo director de la enseñanza, en único poder docente; todo con el fin de convertir la educación en una rama de la política y de la administración pública, y, lo que es peor, de anular el saludable influjo de la Iglesia en la formación moral y religiosa de la juventud. Con este sistema absorbente desconoce también el Estado

¹ Mons. Freppel, *La Révolution française et le Centenaire de 1789*.
CRESPINO-TORAL, Educación. Ed. 2.

el derecho natural que tiene todo hombre probo é instruído de comunicar sus conocimientos á los demás, á fin de propender á su perfeccionamiento.

El Estado se halla, pues, en pugna con la Iglesia en cuestión de tan capital importancia; pero como guardiana de la moral y defensora de la justicia, sostiene y vindica la Iglesia sus derechos y los de la familia cristiana en la educación del niño.

«Vivimos bajo un régimen intolerable», dice un autor contemporáneo. «El Estado es maestro de escuela, y como es ateo por sistema, su escuela no debe conocer á Dios. Si tolera un poco de libertad, que la da con parsimonia, es por cierto respeto á las opiniones ajenas; pero confía en que se cegarán pronto las fuentes de la enseñanza cristiana, y quedará el dueño único del campo.

«Mas la lucha actual no data de ayer: en todo tiempo se ha disputado acerca de la infancia; pues todos juzgan que, para cambiar el espíritu y el corazón de un pueblo, es preciso apoderarse de la juventud. Cuando se ha pervertido una sociedad, hay que esperar que desaparezca la generación presente, y preparar para el porvenir una generación más sana.»¹

6. La Iglesia católica y la instrucción.—La Iglesia ha promovido, desde su origen, la instrucción de todas las clases sociales, obedeciendo á la orden de *enseñar á todos los pueblos*, dada por Jesucristo á sus apóstoles. Los obispos y el clero abrieron escuelas en todos los lugares en que anunciaban el evangelio, á fin de instruir á las muchedumbres, no sólo en lo tocante á la salud eterna, sino también en los conocimientos profanos. A diferencia de la antigüedad pagana, que hizo de la ciencia el patrimonio de unos pocos y la ocultó á las miradas de la multitud como si fuese un misterio, la Iglesia difundió sus enseñanzas entre todas las clases sociales, atendiendo especialmente á los niños, á los pobres, á los atribulados, para quienes tiene maternal cariño.

Convencida de que la ignorancia causa graves daños en el orden temporal y eterno, ha procurado en todo tiempo

¹ L'éducateur apôtre.

derramar la luz de la ciencia cristiana, como medio de ilustrar y, sobre todo, de moralizar á los pueblos. Por modesto lugar que ocupe un hombre en la esfera social, si recibe educación cristiana, se eleva y adquiere, junto con la conciencia de su dignidad de ser racional y de hijo de Dios, reglas seguras de bien obrar, y nociones utilísimas para satisfacer debidamente las exigencias de la vida. Entonces comprende el mérito del sufrimiento y de la obediencia, la necesidad de reprimir las malas inclinaciones y la de fomentar las buenas; el mérito del trabajo y de las acciones virtuosas, que hacen al hombre merecedor de eterna dicha.

Mas, por mucha que sea la utilidad é importancia de la instrucción, puede ésta ser nociva, si no descansa en principios sanos y no es vivificada por la moral. Cada hombre, en especial el de ingenio cultivado, debe proponerse un fin honesto en sus actos, para no ser causa del extravío intelectual y moral de los demás. Por esto quiere la Iglesia que todos adquieran, según su estado y posición, los conocimientos debidos; pero sin apartarse de la ley divina que manda buscar los bienes eternos antes que los temporales, y preferir entre las ciencias á la que enseña á conocer y á servir á nuestro supremo Hacedor.

«La instrucción ha de preparar ante todo el camino á la vida moral, y contribuir eficazmente á su desarrollo», dice el Padre Chabín¹. «Toda otra manera de entender la instrucción, y, en especial, prodigarla sin sujeción á la virtud, es un engaño y un error pernicioso.» — «Ciencia sin conciencia arruina el alma», repeta Rabelais; y Montaigne: «el refinamiento de los espíritus no es lo mismo que su engrandecimiento.» — «La ciencia no es buena sino relativamente y según el uso que se haga de ella», afirma Fouillée², «y el arte mismo tiene sus peligros. Sólo la moral es absolutamente buena; mientras la instrucción, sobre todo científica, es arma de dos filos que puede poner en desacuerdo los conocimientos adquiridos con la condición en que se halla el individuo,

¹ Le droit naturel et social.

² L'enseignement national. Citas del P. Chabín.

y exponer á la sociedad á una especie de desequilibrio universal, origen de descontento, de ambiciones é inquietudes, y de revueltas contra el orden social.»

La educación religiosa hace al hombre probo, justo y virtuoso; por lo que conviene inbuir al niño en los principios de moralidad y de virtud que regulan su conducta privada y pública. Siendo la religión la base de la moral, es inadmisibile la pretensión de formar al joven prescindiendo de aquélla, ó moralizarlo únicamente por medio de la enseñanza. Ya hemos dicho que la instrucción influye en la inteligencia, y que sólo la educación, propiamente tal, forma la voluntad y el carácter. «No comprendo que alguien pueda ser virtuoso sin religión», decía Rousseau¹. Herberto Spencer² ha escrito: «Es absurda la confianza en los efectos moralizadores de la cultura intelectual, que los hechos contradicen categóricamente. ¿Qué relación puede haber entre aprender que ciertos grupos de signos representan palabras, y adquirir un sentimiento más elevado del deber? ¿De qué modo la facilidad en formar notas representativas de los sonidos podrá fortalecer la voluntad en el arte de bien obrar? ¿Cómo el conocimiento de la tabla de multiplicar ó la pericia en dividir podrán desarrollar el afecto de simpatía, hasta el punto de reprimir la tendencia de dañar al prójimo? ¿Cómo, los dictados de ortografía y el análisis gramatical podrán desenvolver el sentimiento de justicia, ó las nociones de geografía acrecentar el amor á la verdad? Hay tanta relación entre tales causas y efectos como con la gimnasia que ejercita las manos y las piernas. La fe en los libros de clase y en la lectura es una de las supersticiones de nuestra época.»

En los siglos de persecución, la enseñanza dada por la Iglesia era más bien privada que pública; pero desde que cesó aquélla y la Iglesia tuvo libertad de acción, casi todas las escuelas fueron abaciales, capitulares ó parroquiales, dirigidas por monjes ó clérigos, habiendo disminuido su número

¹ Carta á D'Alembert sobre los espectáculos.

² Préparation à la science sociale, par la psychologie. Citas del P. Chabín.

desde que los gobiernos impíos y las sectas disidentes hicieron decrecer el influjo de la Iglesia católica.

«Sería hermoso seguir á la Iglesia á través de los siglos, para manifestar lo que ha hecho por la instrucción del pueblo. Desearía conducirlos á esas escuelas episcopales y monacales en que los más grandes obispos y los genios mejor dotados enseñaban á leer á los hijos del obrero y del campesino. La Iglesia no ha temido jamás la luz; ella sola instruyó á los hombres durante largos siglos, enseñándoles á la vez las ciencias divinas y humanas, ó, mejor dicho, toda ciencia es tenida por ella como sagrada; porque desea iluminar la mente de los escolares, á modo de una claridad emanada de lo alto. La Iglesia doctrinó al hombre en todas las edades: enseñó al niño los primeros rudimentos del saber, abrió para los adultos colegios y célebres universidades en que su inteligencia se ejercitaba en cuestiones que hoy apenas se atreven á tocar. Así salta de sus manos el hombre hecho y preparado para ocupar su puesto en la sociedad.

«Cuando la herejía amenazaba la fe, la Iglesia multiplicaba sus escuelas, como un medio de combatirla. Contra el protestantismo del siglo XVI, creó innumerables centros de enseñanza, de donde salieron esas generaciones vigorosas del siglo XVII. Después de la revolución (francesa), de fines del siglo XVIII, tuvo por la infancia cuidados infinitos. Privada la Iglesia de Francia por los hijos de Voltaire del derecho de tener escuelas, no cesó de protestar contra el abuso, hasta que, habiendo obtenido en 1830 la libertad de enseñar, pudo abrir numerosas escuelas, al mismo tiempo que el soplo de lo alto suscitaba nuevas congregaciones religiosas docentes. En 1850, la libertad de enseñanza secundaria proporcionó á la juventud católica colegios en que su fe podía alimentarse y sostenerse para los combates de la vida. Cuando, en 1875, fué autorizada la enseñanza libre superior, un grito de alegría se escapó de los labios católicos, porque la fe era admitida en las altas regiones del saber. Alegría efímera, pues el legislador se arrepintió pronto de su liberalidad y puso trabas al desarrollo de la ciencia cristiana.»¹

¹ L'Éducateur apôtre.

Lo que ha hecho la Iglesia en Francia, lo hizo en todas partes, desde su origen. Ella fundó las escuelas propiamente populares para los desheredados de la fortuna. Prueba de ello es haber instituido en sus comienzos el *catecumenado*, á cuyo primer grado pertenecían los *oyentes* ó aprendices. En el siglo II, se fundó en Edesa una de las primeras y más florecientes escuelas teológicas que menciona la historia. Á principios del siglo IV, el mártir Casiano instruía á los niños, y á fines del mismo siglo, San Basilio, en el Oriente, prescribía en su regla para cada monasterio la apertura de una escuela pública y gratuita. En el Occidente, Casiodoro estableció las escuelas medias y superiores, y Boecio escribió mucho sobre instrucción primaria; pero la gloria principal corresponde á la orden de San Benito, cuyos monjes fueron durante algunos siglos los educadores de la Europa occidental.

Desde el siglo VI varios concilios generales y particulares mandaron á los clérigos recibir en sus casas á los niños para instruirlos, y abrir escuelas en los campos y aldeas. En el siglo XII, el tercer concilio de Letrán creó en las iglesias catedrales un beneficiado, para que enseñase á los clérigos de la misma iglesia y á los niños pobres del lugar. En el mismo siglo no había en la Galia, según el abad Guiberto, un lugar donde no hubiese existido una escuela. En el siglo XIV, cuarenta y un maestros enseñaban en las escuelas de París; á comienzos del XV, sólo la diócesis de Praga tenía 640 escuelas; y como Alemania contaba entonces sesenta y tres diócesis, se puede calcular en 40.000 el número de sus escuelas¹.

La reforma protestante fué un golpe para la libertad de enseñanza; pues en 1524 escribía Lutero á los magistrados civiles que tuviesen bajo su inspección y especial cuidado las escuelas. Desde entonces el Estado procuró apoderarse de ellas, hasta llegar al monopolio oficial de la enseñanza, con el que ha invadido los derechos de la familia y de la Iglesia en la instrucción.—Desde el Concilio de Trento cuidó la Iglesia de oponerse á este mal, estableciendo seminarios,

¹ Cf. *Godts*; Sanctificetur educatio.—*Cathrein*, Philos. mor. P. II, l. 2, c. 3; a. 4.

colegios y escuelas gratuitas, en beneficio de la niñez y juventud de todas las clases sociales.

Asimismo, las más célebres universidades de Europa han sido fundadas ó, cuando menos, favorecidas por la Iglesia. «Gloria perenne de los pastores de la Iglesia, y principalmente de los Pontífices romanos, es haber promovido y amparado con eficacia el cultivo de la ciencia, merecedora de este nombre», afirma León XIII¹. «Solicitos siempre de la instrucción del pueblo cristiano, no perdonaron esfuerzos y cuidados para erigir esos notables centros de las ciencias en las principales ciudades de Europa.» En efecto, las universidades de Cambridge y de Oxford, en Inglaterra, fueron enriquecidas con varios privilegios por los Sumos Pontífices; en Irlanda, la escuela de Dublín obtuvo en 1360 del Papa Juan XXII los derechos de academia; en Bélgica, la universidad de Lovaina fué establecida, en 1425, por Martín V; en Francia, la de Reims se creó por Eugenio IV, en 1448; la de Tolosa, confirmada por Gregorio IX, fué provista de muchas facultades por Juan XII é Inocencio VI; la de Poitiers debió su confirmación al mismo Martín, y la de Burdeos su origen al Papa Eugenio. En Alemania, la de Heidelberg se estableció y confirmó por varios Pontífices; la de Praga fué instituida por Clemente VI; la de Colonia, por Urbano VI; la de Leipzig, por Alejandro V; la de Tréveris, por Nicolás V; las de Basilea é Ingolstadt, por Pio II; la de Paderborn, confirmada por Paúl V; la de Salzburgo, por Urbano VIII; la de Fulda, por Clemente XIII, y otras más que sería largo enumerar. En Polonia la universidad de Cracovia, principiada por Casimiro Magno, fué enriquecida con privilegios, por Urbano V y Bonifacio IX; la de Wilna, confirmada por Gregorio XIII. En Italia, España y Portugal, todas sus célebres universidades, como las de Bolonia, Padua, Salamanca, Oviedo, Coimbra, etc., fueron instituidas ó aprobadas por los soberanos Pontífices². También en América, tienen el mismo origen las actuales universidades de Quebec y Washington;

¹ Carta al arzobispo de Baltimore, del 10 de abril de 1887.

² Cf. *Godts* l. cit. c. 4; a. 3.

y las antiguas de San Marcos en Lima, de San Gregorio en Quito, de Méjico, etc., fueron igualmente pontificias.

7. Influjo benéfico de la religión en los conocimientos humanos.—Todos los conocimientos que pueden enriquecer al hombre, se apoyan en ciertos principios ó verdades primordiales, y exigen además, para su desarrollo, recto criterio y asiduo esfuerzo de quienes se dedican á su cultivo. Dios ha concedido á la criatura racional el poder de conocer y descubrir la verdad; pero, por la limitación de sus facultades y el menoscabo que éstas recibieron por la culpa original, no siempre obtiene, al término de sus labores, el oro puro de la verdad, sino que á veces se deja engañar por el brillo falso del error y del sofisma. Necesita, pues, el hombre, para no extraviarse, de un guía diestro y seguro que le conduzca por la difícil senda del saber y que, al fin, le descorra el velo que oculta la ciencia.

Ahora bien, sin desconocer el poderoso auxilio de la razón humana, fuente de los conocimientos del orden natural; ni el apoyo que prestan la experiencia y la paciente labor de los hombres doctos que conducen á los ignorantes á la *tierra prometida* del saber, es indudable que la religión es guía finísimo del hombre en sus faenas intelectuales. Sabido es que sólo por medio de la revelación conocemos las verdades sobrenaturales, y que aun nos sirve ella mucho para adquirir no pocas verdades naturales. Con la luz que difunden los dogmas cristianos, con las reglas admirables de moral que la Iglesia prescribe, las ciencias especulativas y prácticas tienen una base firme y un punto de partida seguro para sus investigaciones. ¡Cuántas enseñanzas y afirmaciones científicas contenidas en la Biblia han guiado á los sabios en el estudio de la naturaleza!

Todas las ciencias, en especial la filosofía, la moral y la historia, son deudoras á la Iglesia católica de inmensos servicios; porque ella ha disipado los errores de que estaban plagadas durante el paganismo, y las ha hecho avanzar, á pasos de gigante, hacia la posesión de la verdad y del bien, término de sus aspiraciones.

Tarea interminable sería la de contar, siquiera someramente, los beneficios hechos por la Iglesia en el mundo científico. El pensador cristiano se siente abismado ante el sinnúmero de verdades que se hallan en conexión con la religión, y experimenta una emoción semejante á la que causa la vista del océano, cuyas orillas no se divisan. Cada dogma es un foco de luz que disipa las tinieblas del error y la ignorancia, y ofrece horizontes nuevos al hombre de ciencia; cada verdad moral es norma segura para la dirección de las costumbres y el mejoramiento de los pueblos. «Los dogmas», ha dicho Mons. Dupanloup, «encierran soluciones para todos los grandes problemas filosóficos y sociales, y nos transportan á un mundo más vasto — el sobrenatural — que acaba y corona al mundo visible, manteniendo con él una armonía maravillosa.»

Nada enaltece tanto al hombre como los triunfos obtenidos en el campo intelectual y la adquisición de nuevos conocimientos. Á medida que éstos se ensanchan crece el caudal científico que cada generación recibe como rica herencia, para transmitirla con creces á la que le sigue. Las épocas más gloriosas en la vida de la humanidad son aquellas en que han aparecido genios como Platón, Aristóteles, Séneca, Orígenes, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Newton, para no mentar sino á algunos de los príncipes del humano ingenio.

Las ciencias y las artes constituyen el lujo de la civilización y dan la medida de su adelanto; pero ellas han recibido de la Iglesia decidido apoyo, hasta el punto de servirles de mentor y guía. «A través de todos los siglos, y aun en los tiempos más bárbaros y peligrosos, la Iglesia de Jesucristo llevó á las naciones la luz de la civilización. Con la pura claridad de las verdades evangélicas disipó las tinieblas del error y de la ignorancia... Los progresos mismos, los verdaderamente merecedores de este nombre, progresos de que nuestro siglo se muestra tan ufano, son grandemente deudores á la acción bienhechora de la Iglesia, que de mil maneras los estimula, bendice y hace servir en provecho real de los hombres...¹ Por esto entraña una aberra-

¹ Disc. de León XIII al Sagrado Colegio, del 2 de marzo de 1880.

ción grave y funesta el suponer que la doctrina católica es incompatible con el progreso y la condición de la sociedad presente, siendo así que ella sólo es incompatible con los errores con que la malicia y la ignorancia han deslustrado el progreso. La verdad y los principios reguladores de la sociedad humana son de todos los tiempos, y tienen la virtud siempre antigua y siempre nueva, de asegurar á cada época la vida y la salud. Sería grande desgracia para la sociedad si, en medio de las locuras del orgullo y de la licencia humana, no brillase sobre la tierra el sol de la verdad católica, para iluminarla y calentarla con sus fecundantes rayos...¹ En el movimiento tan rápido de los espíritus, cuando el desco de saber, laudable y bueno en sí mismo, se ha difundido tanto, conviene que los católicos vayan á la vanguardia, y no después de los otros. Así que deben ataviarse con el brillo de la ciencia, ejercitarse con ardor en la investigación de la verdad y en el estudio de la naturaleza, en cuanto les sea posible. Esto ha sido siempre la intención de la Iglesia, que en todo tiempo ha empleado sus esfuerzos y cuidados en ensanchar los límites de las ciencias.»²

8. Triste situación de la ciencia desligada de la fe.—El hombre, como criatura de Dios, recibe todo de su bondad; por lo que necesita de su concurso y auxilio, aun en el orden natural. Por tanto, si anhela cultivar y poseer la ciencia debe acudir á Dios, *que es el Señor de las ciencias, y de cuyos labios emana toda sabiduría y conocimiento*³; tanto más cuanto que la ciencia es el conocimiento de las cosas por sus causas y principios más altos, y Dios es la primera causa

¹ Disc. del mismo al Sagrado Colegio, del 2 de marzo de 1890.

² «In hoc tam celeri ingeniorum cursu, in tanta cupiditate sciendi tam late fusa, eademque per se laudabili sique honesta, antere docet catholicos homines, non subsequi: ideoque instruant se oportet in omni elegantia doctrine, acriterque exercent animum in exploratione veri, et totius, quoad potest, indagatione naturae. Quod omni tempore eadem Ecclesia voluit: ob eamque rem ad profectum scientiarum fines omnino tantum conferre consuevit, quantum opera et contentiones potuit» (Encicl. *Longinqua oceanii*, á los arzobispos y obispos de los Estados Unidos, del 6 de enero de 1895).

³ Eccl. I, 1. Prov. II, 6. 1 Reg. II, 3.

de cuanto existe. Las ciencias dependen de Dios, están obligadas á pregonar su grandeza y á servir al hombre de escala para subir hacia Él. Las ciencias tienen íntimas relaciones con la religión, la que, según afirma Bacón, impide con su aroma que ellas se corrompan.

La religión es, en efecto, no sólo la santificadora de las almas, la maestra del sacrificio, la inspiradora de las mayores proezas que han presenciado los siglos, sino también el centro y núcleo de las ciencias. Cuando alguna de ellas desoye sus enseñanzas, es como rama arrancada del árbol, que se seca por falta de savia; es como el pródigo del Evangelio que, incitado por el vicio, deja la casa paterna y va en pos de bellotas nauseabundas. Y ¡cuántas veces la ciencia arrogante, la ciencia incrédula que juzgó neciamente progresar y obtener triunfos, sacudiendo el yugo benéfico de la religión, vuelve sobre sus pasos, reconoce su yerro, y, al verse abatida y postrada por el error, busca humilde y confiada el amparo de la Iglesia católica, que le tiende cariñosa sus maternales brazos! *Vanos son los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios*, dice el Sabio; *y que por los bienes visibles no llegaron á entender al Ser Supremo, ni considerando las obras reconocieron al artífice de ellas*¹.

Preciso es repetir una vez más: la verdadera ciencia conduce á Dios, y la falsa nos aleja de Él: la primera es un rayo de luz desprendido de lo alto, y una escala que acerca al hombre á la cumbre inaccesible en que habita la Divinidad; la segunda es como los fuegos fatuos que iluminan por un momento y luego dejan al espectador en tinieblas. Oigamos las hermosas frases de un orador del Congreso católico de Malinas: «Las ciencias prueban la existencia de Dios. Los sabios suelen alejarse de Dios; pero las ciencias, jamás. Estas se asemejan á aquellas flotillas que abandonan cada año la costa, para ir á explorar las heladas regiones del norte. ¡Qué momento tan triste! ¡El puerto está vacío, los barcos partieron, todo augura desgracia! ¡Mas, no: tranquilizaos, porque ellos volverán! Acaso haya que deplorar algún naufragio;

¹ Sab. XIII, 1.

pero la mayor parte volverá. Así también las ciencias, arrastradas por los que las dirigen, parecen dejar á la Iglesia, de quien tanto han recibido; pero esperad y tened paciencia, pues sólo se alejan para volver. ¡Durante este tiempo, los que quedamos en tierra sepamos trabajar y trabajemos para hacer el puerto más amplio y más hospitalaria la playa!»

Un escritor católico decía últimamente: «La ciencia sin religión es un caos en que se pierde sin remisión el investigador. Díganlo sino las teorías materialistas de Büchner, Moleschott y Strauss, y las doctrinas evolucionistas de Darwin, en las que sus autores, perdida la fe, despojan al hombre de su naturaleza racional, no atribuyéndole más origen que una miserable célula, producto de la evolución espontánea de la materia inorgánica, ó un grotesco chimpancé. QUITAN al hombre el sello de la divinidad, y le marcan con el sello de la bestia. En cambio, el sabio católico, reconociendo en la naturaleza las huellas de Dios, se eleva al conocimiento de Él, que es la suprema sabiduría, y dignificando á Dios, dignifica al hombre, exclamando con Linneo: 'He visto pasar al Dios eterno y todopoderoso, y me he quedado estupefacto.'»

9. La juventud y el porvenir.—La familia humana, por la ley de la muerte, se renueva incesantemente, y cada generación subroga á la que le precede y se hunde en el sepulcro. Aun durante el corto periodo de la vida, hay diversas edades y aptitudes entre los hombres, siendo los pueblos á modo de bosques y jardines en que unas plantas están ya agostadas y estériles, por la acción destructora del tiempo, y otras llenas de lozanía, cubiertas de flores y de frutos. La juventud es la época de más vigor en la vida humana; en ella se vinculan las esperanzas de los pueblos y su porvenir, porque pronto tomará en sus manos las riendas del gobierno, la dirección del hogar y la gestión de todos los negocios relacionados con el bien público.

La juventud augura un brillante porvenir cuando es bien formada: en caso contrario ocasiona la ruina de las sociedades doméstica y civil. «Una juventud fuerte y virtuosa reparará los daños del pasado, detendrá el movimiento retró-

grado de la civilización hacia el paganismo, fundará familias en que Dios será servido, y cuyos miembros poblarán el cielo. Pero si la juventud se desvía, cualquiera que haya sido el pasado, el porvenir será desastroso. Los jóvenes viciosos se corrigen con dificultad. Mañana serán padres de familia, y su conducta servirá de norma á la mujer é hijos. Si son instruídos formarán la clase directora; serán los magistrados, los nobles, los ricos que darán el tono á la sociedad entera. El demonio no se engaña; y por eso se empeña en pervertir á la juventud, seguro de que si lo consigue, obtendrá el imperio del mundo. Él sabe que para emponzoñar una fuente basta poner veneno en su origen; que para conquistar un país basta ocupar sus plazas fortificadas. Nabucodonosor dió muerte á los hijos de Sedecías á su vista, y después hizo reventar á éste los ojos. El demonio hace cosa parecida: da por el pecado muerte á las almas de los niños, y ciega á sus padres para que no los vigilen.

«En servicio del demonio, el mundo de hoy multiplica las seducciones para la juventud. Libros, grabados, diarios, folletines, teatros, casinos, fiestas, sociedades, todo se pone en juego para seducir á esta edad, ávida de placeres é independencia, que no prevé el porvenir ni se pone á cubierto de los peligros.

«La Iglesia no se engaña; por lo que desea cubrir con sus alas á la infancia y á la juventud; pero leyes inicuas la sustraen de su maternal solicitud. Casi en vano funda ella patronatos y círculos católicos para los jóvenes, que prefieren, de ordinario, las cebollas de Egipto al maná del cielo; abandonan el templo, la mesa santa, el pastor que les preparó á la primera comunión, para correr en pos de los goces del mundo. Nada hierde más que esto el corazón del sacerdote ni entristece tanto á la Iglesia, madre de las madres, que puede repetir con Jeremías: 'Lloro, y mis ojos son fuentes de lágrimas... Mis hijos se han perdido, porque ha triunfado el enemigo. Pueblos del Universo, escuchadme, os lo pido: mis pequeñuelos han sido esclavizados por Satanás.'

«Jóvenes, podéis hacer grandes cosas para el bien y para el mal: la sociedad, la Iglesia, Dios mismo tienen puestas

sus miradas en vosotros; no defraudéis sus esperanzas. Se os ha dado la libertad; no abuséis de ella ni os convertáis en instrumentos del infierno.»¹

Conviene mucho persuadir al joven de que, en el corto plazo de la vida, debe trabajar en el puesto que Dios le asigne en el mundo, á fin de cumplir en él su misión especial, y hacerse digno de la eterna recompensa en el cielo. Federico Ozanam, que á una vasta erudición y notable ingenio unió firmeza de carácter, fe sincera y profunda piedad, exclamaba á la edad de veinte años: «No estamos en el mundo más que para cumplir la voluntad de la Providencia: esta voluntad se cumple día por día; y por esto el que muere dejando su labor inconclusa, tiene tanto mérito á los ojos de la divina Justicia, como el que dispone de tiempo para terminarla por completo.»²

Una vida corta, pero consagrada al apostolado del bien, es fecunda en buenas obras, según el Sabio: *Consummatus in brevi, explevit tempora multa*. «Quien sabe aprovechar el breve tiempo de la vida, y lo emplea en adquirir una eternidad feliz, vive vida larga», dice Bossuet; «pues no puede ser corta una existencia que se liga con una eternidad gloriosa. La muerte no perjudica al que vive honradamente; porque ella tiene sólo dominio sobre el tiempo, y el que emplea como se debe los días que Dios le otorga, los hace, en cierto modo, pasar á la eternidad.»

Grave responsabilidad pesa sobre los que sobresalen por sus dotes de cabeza ó de corazón. ¡Oh vosotros, sobre todo, jóvenes, que estáis alumbrados por la llama del genio, sabed que no en vano ha depositado Dios en vuestra alma esa lumbre y ese fuego; porque tenéis que emplearlos en servicio de la humanidad y de los intereses mismos de Dios! «No ha creado Dios el talento y el genio, dos hermosas luces del espíritu», dice el mismo Bossuet, «para el recreo egoísta y soberbio de aquellos á quienes adornan, así como no ha

¹ *Berthier*, Le jeune homme comme il faut.

² Vie de Fréd. Ozanam, por *Carlos Ozanam*.

³ Sab. iv, 13.

concedido á algunos la opulencia para deslumbrar é insultar al vulgo. En el orden intelectual, como en el de la fortuna, Dios ha puesto al rico para el servicio del pobre, y especialmente en el orden de la inteligencia, no es debidamente rico el que no sabe dar. Un genio como San Agustín ha hecho esta profunda observación: «Hay bienes que no se agotan comunicándolos, á saber: los del espíritu; y cuando se los conserva sin difundirlos, no se los tiene como se debería tenerlos.»¹ Su difusión es la más noble caridad, la del alma.

10. Modelo de joven ilustrado y creyente.—La juventud, como las otras edades, necesita ser aleccionada, más por el ejemplo que por la palabra; ya que nada incita tanto para lo bueno y lo malo, como los hechos realizados por los demás hombres. Cuando vemos que otros han cultivado con ahinco las ciencias, han sobresalido por su valor, sacrificándose por su patria, y recorrido la difícil senda de la virtud, decimos con San Agustín: «Lo que ellos hicieron, ¿por qué no lo hemos de hacer también nosotros?»

Para formar bien á la juventud, es preciso presentarle buenos modelos, á fin de que, con el ardor que la caracteriza, se empeñe en seguir sus huellas. En este punto, ninguna institución como la Iglesia católica puede ofrecer tipos más perfectos á la imitación de todas las edades y condiciones de la vida. San Luis de Gonzaga es uno de ellos, para la juventud de alta clase social. De ilustre prosapia, heredero de un rico principado, lleno de toda clase de prendas, renuncia el angélico mancebo tan halagüeño porvenir, los aplausos y atractivos del mundo, por las austeridades de la vida religiosa y la cruz de Jesucristo. «Es imposible proponer á la imitación de la juventud cristiana un modelo más perfecto, que haya poseído en más alto grado las virtudes que pueden enaltecer á un joven», afirma León XIII². «La vida y las obras de San Luis de Gonzaga suministran, en efecto, preciosas

¹ Cita del P. *Lenghaye*.

² Carta con motivo del tercer centenario de San Luis de Gonzaga, del 1 de enero de 1891.